

## Identidad nacional y feminismo en el periodismo de mujeres: el caso de Elvira Vargas

THEA PITMAN

Universidad de Leeds, Inglaterra

(Traducción de Roberto Rodríguez Saona)

En 1921 en *La mujer y la ley*, Sofía Villa de Buentello se preguntaba “por qué en México una mujer soltera no podía dejar la casa de sus padres si no había cumplido 30 años, por qué no podía ir sola al teatro, a caminar un poco, o por qué, en su propio país, tenía que viajar acompañada” (parafraseado en Macías: 136-37).<sup>1</sup> La respuesta es, desde luego, una combinación de leyes que discriminaban a las mujeres, y convenciones sociales que sostenían el famoso doble estándar y consideraban que la mujer que viajaba sola era vulnerable al acoso sexual de los hombres y por ello corría el peligro de perder su buena “reputación”. No obstante, la agitación provocada por la Revolución mexicana ya había ayudado a las mujeres de clase obrera y campesinas a tener un papel más activo y de mayor movilidad en la sociedad; el dramático papel de las soldaderas es quizás el ejemplo más memorable de ello durante la guerra. Considerables avances en la emancipación legal y social de las mujeres, de particular relevancia para las mujeres de clase media y alta a quienes se refiere Villa de Buentello, tuvieron lugar en el periodo post-revolucionario, en el que los gobiernos de la época

---

<sup>1</sup> Macías también observa que la primera mujer médico de principios del siglo xx no iba a visitar a sus pacientes en sus hogares porque “una mujer respetable no podía salir sola o a todas horas” (31), y que para el Segundo Congreso Feminista de Yucatán de 1916, muchas mujeres delegadas invitadas de todas partes de la República no asistieron precisamente porque el viaje era largo, difícil e inapropiado para que lo hiciera una mujer que no iba acompañada (105).

trataron de encontrar un papel activo para todos los miembros de la sociedad, incluidas las mujeres.<sup>2</sup>

En sus campañas educativas a comienzos de la década de 1920, Vasconcelos formó y despachó a numerosas profesoras, asistentas sociales y promotoras culturales a las provincias; mujeres como la escritora chilena Gabriela Mistral y la feminista mexicana Elena Torres (Millán: 167). Esto bien puede haber sido un desarrollo natural de las políticas liberales del siglo XIX que veían el papel principal de la mujer fuera del hogar en la educación y socialización de los niños dentro del marco de la política ideológica del momento. No obstante, junto con estas maestras y otras funcionarias públicas, vino una nueva generación de “profesionales” (cada vez más con formación universitaria), que empezaban a hallar un papel en esferas como la medicina, derecho y periodismo, dominadas tradicionalmente por los hombres.<sup>3</sup>

Esta incursión en el campo del periodismo es un desarrollo importante en el contexto de un estudio del discurso nacionalista en la escritura de viajes de mujeres. Primero, el periodismo es claramente un campo que fomenta los viajes y el escribir sobre esos viajes es parte del trabajo. Hacia fines de los años 30, durante el régimen de Lázaro Cárdenas (1934-40), hay evidencias claras, dentro del género de la escritura de viajes de mujeres mexicanas, de que viajar como esposa acompañante —el modelo tradicional del siglo diecinueve— ya no era la única opción para las que deseaban viajar. Esta época vio surgir a las primeras mujeres con una carrera en el periodismo como Esperanza Velázquez Bringas, Adelina Zendejas, Magdalena Mondragón, Elvira Vargas, Rosa Castro y

---

<sup>2</sup> Ver Macías para comprobar la influencia de la Revolución Mexicana en la difusión del feminismo en el país (41-45). Ver Franco (172) para hallar una discusión sobre la relación de la mujer con la identidad nacional post-revolucionaria. Macías señala que los documentos que perfilan los principios del recién creado Partido Nacional Revolucionario en 1929 hacen mención específica de su intención de incorporar a las mujeres en la “vida política del país” (140), y la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-40) también se recuerda como un periodo de grandes avances en la emancipación legal de la mujer mexicana, aunque dio marcha atrás, por supuesto, en su intención anunciada de conceder el voto a la mujer (153-81).

<sup>3</sup> Las primeras mujeres médicas mexicanas datan de las décadas de 1880 y 1890, aunque es recién el censo de 1921 que demuestra números significativos de mujeres profesionales (Macías: 39, 131). No habían titulaciones oficiales necesarias para ser periodista en esta época y de allí que todas las mujeres periodistas eran autodidactas en la profesión y algunas habían sorteado los estudios universitarios en el proceso.

María Luisa Ocampo, esta última fue mejor conocida como poeta, novelista y escritora de obras de teatro. Cuatro de ellas: Vargas, Ocampo, Velázquez Bringas y Castro, todas publicaron volúmenes de “periodismo de viajes” que en la mayoría de casos eran recopilaciones de artículos publicados anteriormente en periódicos y revistas.<sup>4</sup>

En segundo lugar, la incursión en la labor periodística es importante puesto que el periodismo del siglo XIX (redactado casi exclusivamente por escritores varones) había sido el principal foro para la difusión de ideas sobre identidad nacional (Franco: 18). No obstante, con respecto a la escritura de mujeres mexicanas del siglo diecinueve, Jean Franco señala:

Las mujeres habían desempeñado un papel importante en el movimiento de Independencia; esto, junto con el gran interés de la nueva clase intelectual en la educación de las mujeres y de los niños, y con la proliferación de diarios y periódicos para la discusión de las ideas, parecería allanar el camino a la plena participación de las mujeres en la vida política y cultural, por lo menos para las de clase más alta. Empero, no fue así. Parece como si un viento helado hubiese caído sobre la escritura de las mujeres del siglo XIX: el viento helado del nacionalismo (18).

Según Franco, el discurso nacionalista mexicano necesitaba tratar a las mujeres como inferiores (como réplica al complejo de inferioridad —una resaca postcolonial— con respecto a Europa) y necesitaba a la mujer (La Malinche) como chivo expiatorio (19). Incluso en el periodo revolucionario e inmediatamente post-revolucionario, a pesar de la participación a gran escala de la mujer en la obtención de los objetivos de la Revolución, y a pesar de la creciente fuerza de las organizaciones

---

<sup>4</sup> Las publicaciones de Vargas de fines de la década de 1930 se incluyen más adelante en este artículo. Ocampo publicó *Diez días en Yucatán* (México D.F.: Ediciones Botas, 1940). Bringas Velásquez publicó *La rosa náutica* (México D.F.: Editorial Cultura, 1947) relacionado con un viaje a China, y mucho más tarde, *Japón* (México D.F.: Editorial Orión, 1968). Rosa Castro nació en Venezuela y por ello no fue incluida en algunos estudios de mujeres periodistas de la época (cf. Bollinger Pouwels). No obstante, María Luisa Mendoza (84) la incluye como una influyente mujer periodista que trabajaba en México en los años 30 y 40 y elogia su obra *Las cartas del Sureste* como un ejemplo primordial de periodismo de viajes escrito por una mujer. A pesar de esto, no he podido hallar dicho libro.

feministas en el país, el discurso nacionalista, desde Samuel Ramos a Octavio Paz, era específicamente de tendencia masculinista.

Jocelyn Olcott observa que hubo incluso un debate en el congreso en septiembre de 1937 para dilucidar si era posible interpretar que el término “mexicanos” incluía a las mujeres —una suposición *a priori* en las clases de lengua castellana de hoy— de manera que la mujer podía votar sin tener que dar marcha atrás en materia constitucional. Mientras que en general se concedía que esto era así, en la práctica los legisladores encontraron un defecto en la constitución que significó que la enmienda quedara anulada e invalidada y por tanto les fue negado el voto a las mujeres hasta la tardía fecha de 1953 —no fue sino hasta una elección nacional en 1958 que lograron votar— y la “familia idealizada patriarcal”, en la que la mujer supuestamente alcanzaba su máxima realización como esposa y madre, se mantuvo incólume (Franco: 21). Los ciudadanos del México post-revolucionario eran, según esto, todos hombres.

Las mujeres periodistas de la era post-revolucionaria ciertamente cuestionaron y pusieron en tela de juicio su papel con respecto al discurso nacionalista y esto quedó en evidencia en el trabajo de periodistas feministas como María Ríos Cárdenas y Adelina Zendejas, las que explícitamente exploraron lo que *la mexicana* podía contribuir a la nación, y con ello el por qué merecía igualdad en el derecho y en la práctica. Pero, por supuesto, al mismo tiempo que exigían un lugar para la mujer en la vida nacional y planteaban formulaciones de identidad nacional, ellas escribían generalmente sobre estos temas como “asunto aparte”, antes que como parte y parcela de otras comisiones periodísticas de mayor alcance —de hecho muchas de estas leales feministas estaban dispuestas a dejar de lado los temas feministas para tratar primero asuntos de clase— y al menos en el caso de Ríos Cárdenas, no trataban tampoco de hacer una carrera del periodismo en sí.

¿Y qué decir de aquellas mujeres periodistas que forjaron carreras para sí mismas en los órganos principales de la prensa nacional, y que informaban sobre asuntos de “significación nacional”? ¿Acaso “el viento helado del nacionalismo” seguía “congelando” la participación de la mujer en tales debates, de modo que estas escritoras tenían que suprimir evidencias de su género y de su interés en los derechos de la mujer en dicho trabajo? ¿O es que el aroma de ideología emancipadora que llegó con la Revolución ofrecía un espacio en el que las mujeres podían

participar en debates nacionales como ciudadanas (*avant la lettre*) y como mujeres? En mi opinión, la respuesta es una combinación matizada de ambas cuestiones en la que la balanza se inclina con el tiempo hacia la segunda opción. No obstante, para la periodista Elvira Vargas, escribir en las postrimerías de la década de 1930, estaba más cerca de lo primero que de lo segundo. Con el fin de ilustrar esto, intento aquí explorar primero el contexto cultural preciso en que trabajaba Vargas; segundo, su auto-representación como mujer y/o periodista en su obra, y finalmente sus actitudes hacia la identidad nacional mexicana.

Elvira Vargas (1906-1967) nació en un campo minero de Tlalpujahua, Michoacán, mudándose más tarde en su niñez a Toluca y luego a la ciudad de México en 1920. Asistió a la escuela primaria y a la secundaria pero fue forzada por la pobreza a buscar trabajo a una edad temprana. Empezó desempeñándose en puestos de secretaria y otros trabajos similares mientras estudiaba una licenciatura en Derecho, pero luego de ejercer su profesión durante sólo un año, decidió probar el periodismo a comienzos de los años 30. Empezó escribiendo titulares para *El Nacional*, después se hizo reportera y, en la cúspide de su carrera, llegó hasta Jefa de Redacción (Mendoza: 78-82). Ha sido descrita como una de las reporteras “estrella” de *El Nacional* (María del Carmen Ruiz Castañeda, citado en Bollinger Pouwels (215) y fue una pionera y ejemplo para otras mujeres periodistas: Vargas fue la primera mujer periodista mexicana a quien se le asignó la sección “asuntos presidenciales” de un periódico mexicano (Bollinger Pouwels: 216)<sup>5</sup> y tanto Elena Poniatowska como María Luisa Mendoza la reconocen como una de sus inspiraciones clave en el campo del periodismo mexicano (Poniatowska 2000 y Mendoza 1973).<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> En una entrevista Magdalena Mondragón reclamaba que era ella la primera mujer a quien se le asignó este papel, mencionando específicamente el hecho que le había ganado a Vargas en ello. Sin embargo, ella escribía para *La Prensa* de San Antonio en ese momento y de ahí que estrictamente hablando no era para un periódico mexicano (González Socorro: 22).

<sup>6</sup> En realidad, la carrera exitosa de Vargas como periodista es aún bastante excepcional, incluso en términos contemporáneos: estadísticas del estudio sobre el estatus de las mujeres periodistas realizado por la Federación Internacional de Periodistas sugiere que en la década de 1990 todavía solo entre el 10 y 20% de mujeres periodistas mexicanas tenían puestos con capacidad de decisión, a pesar de que constituyen

Vargas publicó tres libros de periodismo de viajes. El primero, *Por las rutas del Sureste* (escrito en 1937, y publicado en formato de libro alrededor de 1940), trataba de su participación como reportera de asuntos presidenciales en un *tour* por los estados del sureste de Chiapas, Campeche, Tabasco, Yucatán y Quintana Roo en el verano de 1937 para evaluar el éxito de la redistribución de la tierra y otras reformas de Cárdenas. El segundo, *Lo que vi en las tierras del petróleo* (1938), resultó de su participación como reportera para *El Nacional* en un viaje oficial de investigación a Poza Rica y los campos petroleros aledaños en febrero de 1938, en los días que antecedieron la expropiación de la industria por parte de Cárdenas. Diez años más tarde publicó el tercero: *México marcha: reportaje sobre el nuevo Interoceánico* (1948). Mi trabajo se centra en las primeras dos de estas obras ya que este último, de acuerdo con Bollinger Pouwels (234), es imposible de localizar.<sup>7</sup>

En términos de sus condiciones de trabajo, Vargas sin duda estaba consciente —y quizás hasta orgullosa— del hecho de que era una de las pocas mujeres que trabajaba en un mundo masculino. No obstante, es evidente que Vargas se centraba mucho menos en el tema de género que algunas de sus colegas mujeres, prefiriendo luchar para pasar como una igual a sus colegas masculinos que arriesgarse a izar las banderas de su “diferencia”. Según una crítica de la época, las mujeres mexicanas que trabajaban en el periodismo sufrían acoso y burla de parte de sus colegas masculinos por sus esfuerzos (Robles: 9). En contraste, la compañera de Vargas, la periodista Magdalena Mondragón comenta más positivamente su propia experiencia cuando dice:

Nunca tuve ningún problema con mis compañeros no obstante que todos eran hombres. Como era la única mujer, me consentían y brindaban muchas consideraciones; nunca me obstaculizaron. Eso sí, procuraba no fallar en nada y entregar todas las notas que me solicitaban (citado en González Socorro: 22).

Mondragón se aprovechó claramente de los aspectos más galantes de las relaciones tradicionales entre géneros y de cualquier discrimina-

---

alrededor del 50% de la fuerza laboral y el 70% del total de estudiantes de periodismo en cursos de licenciatura (Peters: 3-4).

<sup>7</sup> Todas las citas serán de las ediciones mencionadas aquí y los números de página se indicarán únicamente entre paréntesis en el texto principal.

ción positiva que estuviera disponible con el fin de alcanzar sus objetivos en un mundo masculino —una táctica empleada por otras mujeres activistas de la época (Olcott: 2). Según parece, Vargas evita dichas tácticas, optando por competir con los hombres en sus propios términos: en un artículo sobre las pioneras del periodismo femenino mexicano, Elena Poniatowska recuerda cómo en una ocasión Vargas cortó las líneas telefónicas después de enviar su informe con el fin de impedir que su principal competidor masculino enviara su propio informe y lo hiciera publicar en vez del que ella había enviado. Para mí esto es simplemente “bajo y sucio” más que un modo “femenino” de luchar...<sup>8</sup>

En términos de su presencia como mujer y/o como periodista en su trabajo, en *Lo que vi* (1938: 29), Vargas casi siempre suprime gramaticalmente su género de los textos, refiriéndose a sí misma simplemente como “el redactor comisionado por ‘El Nacional’” o “el enviado especial de ‘El Nacional’”. En realidad ella se refiere únicamente a sí misma como “señorita Vargas” y “la reportera” al burlarse de las palabras de uno de los jefes de las empresas petroleras norteamericanas (41). Hay sólo un sentido muy remoto de “corporización” femenina auto-consciente; es decir, de conciencia de su propio cuerpo femenino, del espacio que ocupa y de su diferencia en cuanto viajera femenina en un mundo masculino, en su obra.<sup>9</sup> En contraste, en todo momento se

---

<sup>8</sup> Esto es confirmado por Mendoza cuando compara generaciones de mujeres periodistas mexicanas e indica que “la periodista de hoy es parecida a aquella *Adelita* de ayer, corriendo tras el hombre, nada más que nosotras ahora corremos junto a ellos... y escribimos lo que ellos... disputamos la oportunidad de ganar una noticia con el mismo ahinco que el compañero y a veces antes que él y con más valentía que él” (1973: 75). Los comentarios de Mendoza también prueban cómo se había adelantado Vargas a su tiempo.

Si leemos entre líneas, hallamos la insinuación que en *Lo que vi* Vargas se benefició de una cantidad considerable de comentarios desprevenidos que le hiciera uno de los jefes americanos de las empresas petroleras porque no la estimaba lo suficiente para importarle si los publicaba (si hubiera sido hombre quizás no habría hablado con tanta libertad), pero personalmente ella no saca a relucir este asunto (1938: 36-39).

<sup>9</sup> Se puede notar que, desde luego, ningún lector dejará de darse cuenta que *Lo que vi* y *Por las rutas del Sureste* fueron escritos por una mujer, puesto que tienen el nombre de una mujer en la portada. Ciertamente Vargas no escribía en una época en que las mujeres tenían que publicar bajo seudónimos masculinos. No obstante, es precisamente la tensión entre el hecho que su nombre adornara orgullosamente la cubierta y que su género estuviera suprimido del resto del documento lo que caracteriza el enfoque de Vargas de su existencia como (mujer) periodista.

refiere a sí misma como “un periodista” o algo parecido y resalta la importancia de estas comisiones para acompañar los *tours* presidenciales y actividades semejantes para su carrera —es así que Vargas desea ser conocida como periodista (implícitamente masculino). Más aún, Vargas quería ser conocida por la objetividad de sus informes y por el hecho de que su pluma no podía ser comprada, a diferencia de algunos de sus colegas masculinos que tenían menos principios.<sup>10</sup>

Siguiendo la línea de su enfoque “masculino” en el lugar de trabajo y presencia en sus textos, el tratamiento del discurso nacionalista por parte de Vargas se caracteriza por un patriotismo de género implícitamente masculino en el que los derechos y la especificidad de la mujer son puestos de lado ante el impulso imperativo de crear una nación “revolucionaria”. Ana Macías observa que en el periodo inmediato después de la Revolución, aun las feministas más radicales prefirieron “identificar su causa con el impulso de la reforma nacionalista y el renacimiento cultural que eran parte esencial de los ‘afanosos días pos-revolucionarios’”, antes que atraer a la prensa hostil por sus opiniones radicales (130). La década de 1930 fue testigo de un incremento de la actividad feminista después del patriotismo de los años 20; sin embargo, los conflictos internacionales que surgieron a fines de los años 30, el tiempo en que y sobre el que Vargas escribió sus libros de viaje, sofocó el ímpetu de las feministas una vez más (Bollinger Pouwels: 4). De hecho, Vargas misma cita uno de los discursos de Cárdenas de los días inmediatamente posteriores a la expropiación de la industria del petróleo: “El esfuerzo de México debe ser unánime y fructífero [...]

---

Para más información sobre el tema de la “corporización” en los estudios de género ver Young (1990), Rose (1993) y Braidotti (1994), para citar tan sólo algunos ejemplos.

<sup>10</sup> Comparemos el título de *Por las rutas del Sureste* con obras similares de autores hombres como *99 días en gira con el Presidente Cárdenas* (1943), escrito por Pedro J. Almada, “Gral. de División”, y que es el resultado de otro *tour* presidencial por el norte del país, o *Alemán en el Sureste* (1950), del Lic. Guillermo Ibarra, en los que ambos se centran en el estatus profesional del autor (general, o “licenciado”) y en la importancia de la persona del presidente en el poder. En contraste, Vargas se centra en el lugar (los caminos del Sureste), y así, por inferencia, en la gente de dicho lugar y su relación con la nación, antes que en sí misma y/o su camaradería con el presidente. En *Lo que vi* pone claramente más hincapié en una visión personal, en conjunto con el nombre de Vargas, aunque sin ninguna indicación de estatus, en la portada frontal. No obstante, la visión personal es una visión humanizante, particularizante por la que Vargas obtuvo fama, antes que una de tipo auto-reflexivo o auto-engrandecedor.



cualquier desviación perjudicial sería indigna de las virtudes cívicas mexicanas” (1938: 17). Y en su periodismo de viajes que cubría temas de clara importancia nacional (redistribución de la tierra y, en particular, la expropiación de la industria del petróleo), Vargas escribe desde un punto de vista mexicano, no desde un punto de vista de mujer. Esto es particularmente evidente en *Lo que vi*, en el que repetidamente aplaude el patriotismo de los trabajadores (masculinos) por su lucha contra el imperialismo yanqui (y británico) y cómo lo demostraron en su diligente labor; también critica a Salvador Novo en su amor por la cultura europea (49), al Dr. Atl por su visión pesimista de los trabajadores mexicanos (51-52); comenta sólo pasajeramente sobre las organizaciones de mujeres que respaldaron a los sindicatos de trabajadores del petróleo (18, 26), y, en un momento epifánico final durante un segundo viaje post-expropiación a la planta Ébano en junio de 1938, se identifica plenamente con los trabajadores mexicanos y con la nación mexicana: habla de “Cinco horas de un sueño tranquilo en casas nuestras, en suelo nuestro, dentro de lo que ya es nuestra patria...” (50).

En entrevista con María Luisa Mendoza, Vargas comentaba que esta comisión había sido la más importante de su carrera porque “me tocó la suerte de dar una pelea por la patria” (81) y confirmó que su concepto de periodismo fue precisamente que “el periodismo debe defender a su país. Defender a la libertad. Las cosas buenas, dentro de la línea de la Revolución Mexicana [...] Hay que defender fundamentalmente, y yo lo hago, a la patria... estar contra el imperialismo norteamericano o cualquier imperialismo que haga daño a los pueblos débiles” (1973: 82). En suma, el nacionalismo era más importante para Vargas que cualquier otro tema.

Su decisión de eliminar los asuntos relacionados con la mujer del tema de su periodismo de viajes es aun más evidente en *Por las rutas del Sureste* en que ella omite narrar la última parada del *tour* en Veracruz, donde Cárdenas dio un discurso a la Confederación Femenina Mexicana de Veracruz prometiendo defender el derecho al sufragio de las mujeres durante el siguiente parlamento (Macías: 177). En vez de ello, el objetivo de Vargas es informar sobre la “verdad” sociopolítica de la región visitada, y explorar los modos en que su población se iba incorporando al concepto de identidad nacional mexicana:

Precisa ir hacia donde están los problemas, ver las cosas, convivir con las gentes y sufrir con ellas, hablar de lo pintoresco después de entender y expresar lo fundamental. Sólo así, de abajo hacia arriba, del fondo mismo de la existencia, aún miserable para una gran mayoría de mexicanos, puede surgir la certera acción revolucionaria. Por eso Cárdenas, con su personal ejemplo, estrechando la mano del indio, simplemente, ha dado una lección al mestizaje mexicano. Es inútil hacer fantasías sobre lo desconocido, y nuestro país, por desgracia para él y para algunos de los que forman a la cabeza de la cultura mexicana, es país que ignoran, que desconocen y que, por lo mismo, no sienten. Para interpretar a México y exclamar castizamente su viejo dolor, hay que darse cuenta de la fuerza, del ímpetu interior del pueblo, de su angustioso deseo de justicia social existente lo mismo en las gentes del norte, que del sur, de las montañas, que de las costas (16-17).

Su punto de vista sobre lo que se llama “identidad nacional mexicana” tiene una vertiente crítica aquí. En el discurso de Vargas el concepto de mestizaje como fundamento de la identidad nacional mexicana —un concepto que había sido elaborado en términos bastante abstractos por los pensadores liberales del siglo diecinueve— se vuelve un proyecto pragmático, algo que se tiene que forjar en la época post-revolucionaria al conocer directamente a los pueblos indígenas. Pero mientras Vargas muestra estar muy consciente de la relación imitativa y vacilante de los pueblos indígenas del sureste con este discurso de identidad nacional mexicana (53), ella parece no tener ninguna dificultad en adherirse a él, como ya lo hemos visto.

¿Quizás debemos simplemente estar de acuerdo en que Vargas no era una feminista y no tuvo ningún interés en abordar asuntos de derechos de la mujer en su obra, antes que suponer que las condiciones bajo las cuales trabajaba le impedían hacerlo? Ciertamente no fue la feminista más radical de su tiempo y claramente escogió la lucha por la igualdad laboral antes que cualquier expresión más vociferante sobre su género. No obstante, hay dos modos en que podemos tratar de leer su género en estos textos.

El primero es considerar que, por ejemplo, al defender la causa de los indígenas y las comunidades campesinas sin derechos de los alejados rincones de la República, Vargas está dando implícitamente a las mujeres —otro grupo despojado de sus derechos— una voz: estas son las voces heterogéneas y alternativas que pueden desafiar las versiones

oficiales de la identidad nacional. Según Javier Durán, este es el modo en que las mujeres escritoras desde los años 60 emprendieron la reescritura de sí mismas en el discurso de la nación. No obstante, en todos los casos que Durán observa, las voces alternativas son simultáneamente femeninas y otras en “algún otro” modo. En el caso de la obra de Vargas, los protagonistas casi nunca son mujeres y así ésta sigue siendo una estrategia demasiado implícita para que sea realmente digna de crédito.

El segundo modo es conceder que, como argumenta Jocelyn Olcott (con referencia específica a la era de Cárdenas), “antes que tratar de asegurar la ciudadanía revolucionaria a través de reclamos de diferencias de género, la estrategia más común era desestabilizar la naturaleza exclusivamente masculina de sus tres pilares: el servicio militar, la mano de obra y el compromiso cívico” (20). De este modo, simplemente por el hecho de ser mujer periodista, Vargas aportaba lo propio para desestabilizar la naturaleza exclusivamente masculina del periodismo como carrera sin tener en cuenta el uso de un discurso masculinista en su obra; tanto así que Bollinger Pouwels puede describir a Vargas y sus contemporáneas como “periodistas de carrera que vivieron a plenitud su feminismo mientras escribían sobre asuntos sociopolíticos más amplios, como condiciones de trabajo, las poblaciones indígenas empobrecidas, y la política nacional” (178). En el contexto en el que escribía estos libros de periodismo de viajes realmente no podía darse el lujo de ser más radical en su discurso y ser acusada entonces de *malinchismo* —el feminismo radical era considerado una importación extranjera, a menudo imperialista, y el imperialismo yanqui era precisamente lo que Vargas quería denunciar en su trabajo, como ya lo hemos visto (Olcott: 19). Por tanto debemos considerar que hizo realmente lo que pudo como una mujer de pensamiento independiente dentro de las restricciones del momento, y el hecho de ir más allá de los asuntos de la mujer debe aplaudirse antes que lamentarse.

Quisiera concluir con el consejo dado a María Luisa Mendoza por Rosa Castro —otra mujer periodista de primordial importancia durante la época de Vargas:

Para ser periodista hay que viajar... viaja, no te quedes aquí parada... viaja, si no le das la vuelta al mundo no sentirás cómo el mundo te da la vuelta a tí (sic). El periodista se hace en el mundo, no hay otro remedio (82-83).

En sus comentarios sobre la importancia de periodistas tales como Vargas y Castro, Mendoza realmente hace hincapié en cuánto campo cubrieron y cuánto terreno ganaron sencillamente por el hecho de ser mujeres periodistas y de viajar con el fin de llevar a cabo su trabajo. Viajar y escribir artículos de periodismo de viajes era, en esencia, una forma de feminismo, y una forma de participación en la vida nacional que finalmente preparó el camino para que las mujeres se convirtieran en ciudadanas hechas y derechas. Como ha comentado Martha Robles sobre el periodismo escrito por mujeres mexicanas a principios del siglo veinte:

El periodismo femenino mexicano fue una forma inicial de participación política. [...] A pesar de que las periodistas no han sostenido, generalmente, posiciones feministas, su labor ha propiciado conquistas sociales para las mujeres ante la opinión pública (284-85).

Elvira Vargas, sencillamente, al hacer el trabajo que hizo, y hacerlo bien, fue una partícipe clave en la conquista de un espacio para las mujeres a los ojos del público en general.

#### BIBLIOGRAFÍA

##### Textos fundamentales

VARGAS, ELVIRA, *Lo que vi en las tierras del petróleo*, México: Editorial México Nuevo, 1938.

— *Por las rutas del Sureste* México: Editorial Cima, c. 1940.

##### Fuentes críticas

BRAIDOTTI, ROSI, *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, New York: Columbia University Press, 1994.

BOLLINGER POWWELS, JOEL, *Political Journalism by Mexican Women During the Age of Revolution, 1876-1940*, Nueva York: Mellen Press, 2006.

DURÁN, JAVIER, “Mujer y nación: la (de)construcción de imaginarios nacionales en la novelística contemporánea de mujeres en México”, en *Feminaria literaria*, 8:14 (1998), 50-54.

FRANCO, JEAN, *Las conspiradoras: la representación de la mujer en México*. Traducción de Mercedes Córdoba, versión actualizada, México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

- GONZÁLEZ SOCORRO, LETICIA. "Pionera del periodismo mexicano: Magdalena Mondragón y el difícil oficio de la verdad", en *La Jornada Semanal*, 20 de junio de 1993. 20-23.
- MACÍAS, ANA. *Contra viento y marea: el movimiento feminista en México hasta 1940*. Traducción de María Irene Artigas, México: Programa Universitario de Estudios de Género / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2002.
- MENDOZA, MARÍA LUISA. *¡Oiga Usted!*, México: Editorial Samo, 1973.
- MILLÁN, MARÍA DEL CARMEN. "Tres escritoras mexicanas del siglo XX", *Cuadernos Americanos*, 202, 1975, 163-81.
- OLCOTT, JOCELYN. *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico*, Durham, NC: Duke University Press, 2005.
- PETERS, BETTINA. *Equality and Quality: Setting Standards for Women Journalists, International Federation of Journalists Survey on the Status of Women Journalists*. Brussels: International Federation of Journalists, disponible en <www.ifj.org>, consultado el 10 de mayo de 2006.
- PONIATOWSKA, ELENA. "La mujer a ocho columnas (primera parte)", *El Universal*, 19 de noviembre, 2000.
- ROBLES, MARTA. *La sombra fugitiva: escritoras en la cultura nacional*, vol.1, México: Diana, 1985.
- ROSE, GILLIAN. *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*, Cambridge: Polity, 1993.
- YOUNG, IRIS MARION. *Throwing Like a Girl, and Other Essays in Feminist Philosophy and Social Theory*. Bloomington: Indiana University Press, 1990.